

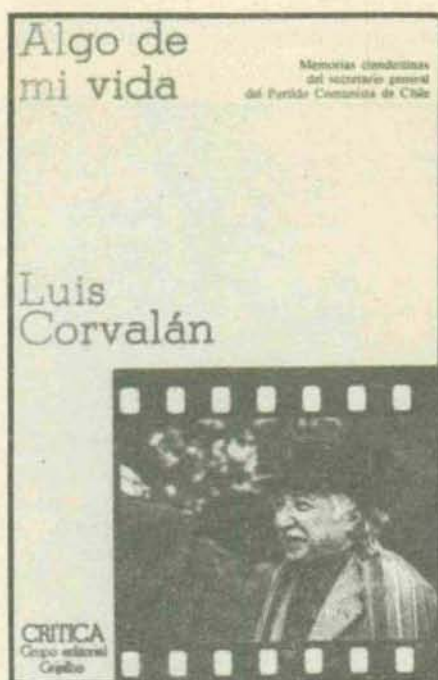
mismas manos ardientes y delicadas que resistieron las faenas y los climas más crueles de nuestras latitudes, pudo tocar el corazón de los hombres, levantarlo como una copa radiante hacia la libertad y en eso estamos empeñados los chilenos de hoy, en disipar cada día las tinieblas que nos correspondieron». Pensamos que esta reflexión es válida para 1978, cuarenta años después. Si nos animamos a leer Neruda fuera de su contexto histórico, podemos aventurarnos a decir que a veces escribió para un futuro que temía: «Tengamos cuidado de la antigua fauna apoplética que ya parecía encasillada en los museos con sus inmensos huevos defensivos, sus condecoraciones y sus miembros sangrientos. Está viva aún en el mundo la sed de dominio y la voluntad del tormento y nuestros verdugos nos acechan desde la mañana a la noche. Pero tened también cuidado de nuestros falsos libertadores, de aquellos que, no comprendiendo el espíritu de esta época, pretenden hacer de la violencia un ramo de flores para entregarlo en el altar de las libertades del hombre». ■ **RICARDO LORENZO SANZ y HECTOR ANABITARTE RIVAS.**

## LUIS CORVALÁN, «ALGO DE MI VIDA».

Entre tantos libros de «memorias», altisonantes y jactanciosos, como han venido invadiendo el mercado librero del país, se destaca por su humildad y sencillez el que lleva el título del epígrafe, escrito clandestinamente en una de las prisiones concentracionarias chilenas en agosto de 1974. La primera edición fue impresa en la propia patria del autor, con las dificultades y riesgos que son de imaginar. A la segunda, que aquí se comenta, no quiso Corvalán efectuarle correcciones ni añadirle otros agregados más que un prefacio escrito en Moscú, en 1977, después de ser liberado en circunstancias conocidas.

Libro de fácil lectura, sin ostentoso aparato de citas y sólo con algunas notas indispensables (hubiesen sido

necesarias algunas más) para que el lector no familiarizado con las voces y los giros chilenos pueda reconocer el significado de los que en apreciable número aparecen en el texto, se encuentra exento de todo afán pontificador y hasta de toda intención documental. Pues para esto último hubiesen sido necesarias ciertas precisiones de tiempo, lugar y circunstancias que el autor no proporciona y cuya consulta tampoco estaba a su alcance al redactarlo. Esta segunda edición las requería. Respetamos, sin embargo, la decisión de dejar el texto tal como salió de manos de Corvalán, pues sus páginas fueron



escritas en trance de desahogo emocional antes que en actitud erudita. Sabedor de que Pinochet había retratado a los dirigentes de la Unidad Popular como ajenos a los sufrimientos del pueblo y usufructuarios de regalada vida, anota Corvalán: «Confieso que me dio rabia y decidí, entonces, redactar estas vivencias».

En un estilo ligero, casi conversado, nos pinta el autor entrañables escenas de su pobrísima infancia (tal vez las mejores páginas de todo el libro), con sentidas referencias a la madre laboriosa, sufriente, ejemplar; y recuerdos de aventuras, dolores y juegos que a todo niño encañtan.

Seduca asimismo la evocación de sus años de estudiante normalista, y su despertar a la vida política tras la caída de un gobierno cuyos funcio-

narios no resultaron después tan malos comparados con los que les sustituyeron: «Al menos en este asunto (el de la cesantía del director de la Escuela Normal de Tomé), habíamos caído en el juego de masones y católicos por el control de las escuelas normales».

La fotografía que ilustra la tapa de este volumen nos muestra a un Luchito Corvalán maduro, de pequeña talla, ojillos entrecerrados y vivaces, sonrisa reveladora de la típica socarronería y astucia chilenas. Cualidades que más de una vez le habrán servido, a juzgar por su relato, para conquistar adhesiones instantáneas e incondicionales de la gente de su pueblo: trabajadores en huelga catequizados con apoyo de sandwiches y café en sus lugares de desvelada guardia; obreros atraídos a «clases de alfabetización» donde en realidad se los inducía a ingresar en las células del Partido.

Esas mismas condiciones personales del hábil político que fue Corvalán le ayudaron a sortear algunas peliagudas crisis del comunismo internacional y local (dimensiones internas; separatismos; pacto germanosoviético; disolución de la Komintern; auge de la desestalinización, y otras que relata en estas memorias), sin perder nunca la ortodoxia ni las riendas de sus funciones, excepto algún leve tropiezo prontamente corregido.

El relato se detiene en la época de su designación como Secretario general del P.C. chileno, y es lástima que omita (tal vez por prudencia) las que sin duda hubiesen sido interesantísimas referencias a su actuación durante el gobierno de la Unidad Popular hasta la caída de Allende, quien dio la vida por su causa.

Luis Corvalán fue tomado prisionero por los militares. Muchos recordarán que, tras negociaciones secretas entre los gobiernos de Chile, Suiza, U.S.A. y la U.R.S.S., el dirigente comunista fue «canjeado» el 18 de diciembre de 1976 a cambio de la libertad del disidente soviético Vladimir Bukovsky. En el aeropuerto de Zúrich, donde tuvo lugar el apresurado trueque, Corvalán fue embarcado a bordo de un avión ruso que lo transportó con rumbo desconocido. Más tarde fue visto en Moscú por miles de personas, y hoy estará añorando a su querida patria y elaborando la continuación de sus memorias. Las esperamos. ■ C. H.